

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Palabras de aliento para personas asustadas
(13 días)

**Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen**



Palabras de aliento para personas asustadas (13 días)

Día 1

Jn. 14:1; Is. 26:4

Lo que el pastor Wilhelm Busch comenta del año 1944, en plena guerra mundial, experimentan hoy muchos hombres en todo el mundo. “Cansado de los servicios dominicales estoy sentado en mi sillón. Estos domingos eran bastante estresantes en aquella fecha, especialmente para un pastor, además vivíamos en la ciudad de Essen (Alemania) donde día y noche se escuchaba las sirenas de alarma, para ir al refugio antiaéreo subterráneo.

Ese día todo estuvo bien y tranquilo, en la noche las sirenas llamaban dos veces sin embargo a la mañana siguiente la gente venía al culto. Justo en el momento en que disfrutaba lleno de agradecimiento mi sillón, empezaron las sirenas y ya se escuchaba un tremendo estallido y aullido al caer la primera bomba. Era demasiado tarde para llegar al refugio, así que todos los habitantes de la casa corrimos al sótano. Todos sabíamos que ahí no estábamos bien protegidos, en caso que cayera una de esas bombas cerca de la casa.

En ese momento “estalló el infierno”. El pequeño sótano tambaleaba de un lado a otro como en una tormenta en el mar. Los vidrios de las ventanas sonaban como si fueran a romperse. La joven mujer que vivía en el piso de arriba estaba en cuclillas lloriqueando”.

Los grandes sustos y temores no se experimentan solo en noches de bombardeo. Las noticias en los periódicos, en la radio o TV, que comentan de catástrofes, nos asustan profundamente. Y después que todo pasa estamos contentos y aliviados que a nosotros no nos pasó nada. En cambio una noticia mala de nuestro círculo familiar o de amigos provoca una emoción de miedo o susto mucho más profundo. Lo que nos pasa personalmente nos atemoriza mucho más. También podría ser un diagnóstico de una enfermedad maligna, algo que no habíamos calculado.

¡Qué bueno que podemos encontrar palabras de consuelo y aliento en la Biblia para tales situaciones. Pues tenemos “un Padre de mucha misericordia y un Dios de toda consolación” (2.Co. 1:3; lea Sal. 91:4-9; 34:7; 125:2).

Día 2

Jn. 13:26-30.33.38; 14:1

1. Los seguidores de Jesús espantados

Jesús no evitaba a sus discípulos el enfrentarse con noticias de terror y desastre, pero no los dejó solos. Él hablaba con ellos y lo hace también con nosotros. Seguido a las palabras del Señor acerca del futuro inminente, la negación de Pedro, la traición por Judas y la muerte de cruz, encontramos la exhortación: “No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo”.

En el Nuevo Testamento en griego encontramos diecisiete veces la palabra “asustarse”. El significado general expresa “estar revuelto”, como revolver agua. “No se turbe vuestro corazón” dice Jesús a sus discípulos “revueltos”. Él no se refiere a un consuelo superficial como: “No lo tomes a la tremenda” o “Tómalo con calma”, sino que le importa mucho que sus amigos enfrentan la realidad. Es muy bueno que Él también dice: “Tú estás asustado y hay razón para esto, pero a pesar de tu temor debes saber: Yo estoy aquí, nada ni nadie es mayor que yo. Lo que te asusta y te infunde temor, te parece muy grande y realmente es grande, pero es pequeño comparado con mi poder, con lo que tú puedes contar”.

Sea lo que fuere lo que nos atemoriza, Jesús lo conoce y lo sabe. Con las palabras que Él dice a sus discípulos señala que el susto no es lo último, no es el final. La situación del susto puede transformarse en un “levantarse” para acercarse a este Señor. “Padre, corro a ti, a tu casa y derramo ante ti mi temor” (E. Schnitter).

Jesús también nos dice a nosotros personalmente: “¡No temas, no tengas temor!” “Si paso por el valle oscuro de la muerte, no temo ningún mal, pues tú estás, tu vara y tu cayado son consuelo para mí y mi refugio” (F. Rous). (Lea Jn. 14:27; 16:33; Is. 41:10.13.14.)

Día 3

Hch. 2:1-13.37.38

2. El sano susto

“Sano” significa aquí, algo que ayuda y es necesario. El prelado Rolf Scheffbuch habló una vez acerca del “susto divino” y dijo que esto también pasó en la fiesta de pentecostés en Jerusalén. La prédica de Pedro “caló muy hondo” en los oyentes. Muchos reconocieron que son culpables delante de Dios y preguntaron a Pedro: “¿Qué haremos?”

Aquí vemos el temor y se agrega entre ellos la confusión. Muchos de los oyentes se dieron cuenta de su estado perdido ante Dios como nunca antes. Esta es una razón justa para estar sumamente asustados. De tal “temor divino” habla también Martín Lutero: “El temor y la desesperación que solamente hay muerte en mí, me hizo ver que debo hundirme en el infierno”.

Rolf Scheffbuch preguntaba en su predicación: “¿Acaso este temor acerca de uno mismo no es la condición necesaria para que uno se acerque a Jesús?” Además citó a Adolf Schlatter: “La fe está condicionada a permanecer con los ojos abiertos” para la santidad de Dios y nuestro estado perdido. “Aquel que no siente esta convicción en su interior, que vive como si Dios no existiera, que decide las cosas como que no hubiera Dios; que peca sin tener temor de Dios, que pronto moriría sin Dios y que se tendría que enfrentar ante Dios... Aquel que nunca tuvo el terrible sentir que está perdido, este realmente perecerá” (Autor desconocido).

También creyentes que aman a Dios y a Jesucristo y le sirven, pueden experimentar este “susto divino”, que es sano contra durezas de corazón y dudosas seguridades piadosas. Podemos estar seguros de nuestra salvación, pero no debemos perder el reconocimiento que somos salvos por la gracia de Dios y que dependemos de Él en todo.

“Te necesito siempre y en todo, Señor bondadoso, ... tengo que tenerte siempre, Señor, bendíceme” (A. Hawks). (Lea Hch. 16:23-34; Sal. 34:18.)

Día 4

Stg. 1:22-25

Cuando por la mañana nos miramos al espejo, lo hacemos por lo general por la razón de querer considerar nuestro aspecto exterior. Si algo no está bien, o no nos gusta, corregimos o cambiamos la imagen, como mejor podamos. El espejo nos sirve mucho. En forma semejante quiere actuar la Palabra de Dios con nosotros. Ella es insobornable y señala aquello que no está bien. Pero aquí no se trata de cuestiones exteriores, sino de nuestro corazón, de nuestra actitud: ¿Permitimos a la Palabra de Dios su servicio de corrección, o seguimos adelante como que no nos dimos cuenta de nada?

La experiencia de espanto o temor producido por la lectura de la Palabra de Dios es saludable para nosotros y deberíamos aquietarnos para llegar a actuar según lo que hemos oído. Dios quiere que seamos hacedores de Su Palabra. Si nos asustamos acerca de nuestro pensar, hablar y nuestras reacciones, si sentimos dureza y falta de amor en nuestro corazón por otros, entonces deberíamos soportar el diagnóstico de la luz divina y pedir ayuda de parte de Dios. En la más íntima relación con nosotros Él quiere obrar en y por nosotros: Jn. 15:3-8.16.

Con todo lo que hoy me atormenta o moleste, sea lo que fuere, puedo ir corriendo a mi Señor; no tengo que esconderme ante Él por el temor que me produce mi pecado. No debemos olvidar que necesitamos un Salvador hasta el final de nuestra vida.

Los discípulos vivieron horas de tremendo espanto y temor cuando el sufrimiento de su maestro tomó formas concretas con su detención. Pedro sacó la espada y quitó al siervo del sumo sacerdote la oreja derecha. El anuncio que Jesús poco antes había expresado (Jn. 13:38) se cumplió cuando Pedro fue reconocido como discípulo en el patio del juicio por una sierva. El llanto por su fracaso, la mirada de su Señor y la conversación pastoral más tarde, levantaron nuevamente al fracasado Pedro. (Lea Lc. 22:61; Jn. 21:15-19.)

Día 5

Is. 6:1-8

Nos ocuparemos ahora del espantado joven Isaías, el que tuvo un encuentro muy especial con el Señor. Era un tiempo muy difícil para él: El rey Uzías (o Azarías) había muerto. Él había reinado sobre el reino del sur por 52 años. “Él hizo lo que agradaba al Señor”. Pero entonces sus éxitos le incitaron a pecar, él se involucró en el servicio y en las responsabilidades concernientes a los sacerdotes. Entonces el Señor castigó su orgullo con la lepra. Lamentablemente también el pueblo de Israel se conducía por malos caminos. (Lea 2.Cr. 26:1-21; Is. 5:7.20.)

Probablemente Isaías iba muchas veces al templo para orar. Cierta día Dios le dio una visión del mundo celestial: Él vio al Señor como rey sobre un “trono alto y sublime” rodeado de serafines, los guardas del trono de Yahveh que alababan la gloria de Dios y Su santidad, Su grandeza y Su poder. ¡Qué contraste a la apostasía!

Para Isaías esto era demasiado, él exclamaba: “¡Ay de mí! que soy muerto”. En la santa presencia de Dios reconocía su propio pecado y el de su pueblo: “porque siendo hombre inmundo de labios y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos”. ¿Cómo es posible que un creyente exprese a otros la Palabra de Dios si su propia manera de hablar no había sido santificada? ¡Qué bueno es el Señor que se ocupa Él mismo, de limpiar los pecados! Él llamó al espantado Isaías a ser profeta, a anunciar las palabras de Dios. Isaías más adelante tuvo que decir muchos: ¡Ay de vosotros!

Esto era posible solamente porque primero él mismo dijo: ¡Ay de mí!, reconociendo y confesando su propio pecado. Al ver la santa presencia de Dios Isaías experimentó una convicción de pecado que le produjo un profundo espanto y temor, y entonces se expuso al doloroso proceso de limpieza. (Lea Ro. 2:1; Sal. 38:3-10; 51:3.)

Día 6

Is. 6:1-8; Lc. 5:1-11

El que está asustado por su pecado, tiene el gran anhelo en su corazón de ser librado de todo lo malo. Isaías sufre por su propio pecado y por el de su pueblo, experimenta el ardor de la santidad de Dios que le limpia de su pecado. “Antes de poder servir a otros debemos permitir a Dios que Él nos sirva a nosotros. Antes de decir un “¡Ay!” a otros, debemos decir honestamente: “¡Ay de mí!” Del reconocimiento de pecado de Isaías se hizo una confesión y esto lleva a la limpieza” (W. Wiersbe). (Lea 1.Jn. 1:7-9.)

Algo maravilloso resultó del temor de Isaías. El pueblo necesitaba urgentemente al Señor y por eso el Señor necesitaba a un mensajero. (Lea He. 12:28; Hch. 8:3; 9:1-5.10-20.)

Otro llamamiento muy impresionante leemos en Lc. 5. Una noche de infructuosa labor pasaron Pedro y sus compañeros. Pedro sabe: Aquí únicamente Jesús puede ayudar. El obrar milagrosamente cala muy hondo en el corazón de Pedro y de los demás pescadores. Nos sorprende de que no leemos nada de agradecimiento ni júbilo, sino de profundo espanto. Por el poder milagroso del Señor. Pedro reconoce su situación: ¿Jesús y yo, en la misma barca? ¡Imposible! No concordamos. En su temor Pedro experimenta algo similar como Isaías: Señor, no lo aguanto. No puedo permanecer en tu santa presencia. “Señor, ¡apártate de mí, porque soy hombre pecador!”

Con Pedro se asustan también los demás “los que estaban con él”. Entonces Jesús dice las palabras liberadoras: “¡No temas!” Yo haré un hombre de ti que ayudará a muchos a llegar al reino de Dios. Conmigo en “el bote de la vida”, serás “pescador de hombres”. Tanto con Pedro como con Isaías el espanto por sí mismo era importante, y un susto curativo de Dios que llevaba al comienzo de nuevas obras. (Lea 1.Jn. 3:20; Sal. 40:12.13.16.17.)

Día 7

Jn. 14:1

Jesús ayuda a sus asustados o espantados amigos. No importa, si es el espanto por malas noticias o circunstancias difíciles de la vida, si es el susto por problemas difíciles de solucionar, o el futuro inseguro o si es el susto acerca del propio corazón. Nuestro Señor nos conoce y trata de conseguir nuestra confianza. En todo el capítulo 14 del evangelio de Juan sus discípulos pueden encontrar mucho aliento y ánimo. Pues ahí habla Jesús el Hijo del Padre Todopoderoso. Él es mayor que todo lo que nos asusta. Sus palabras nos las podemos apropiarnos personalmente.

3. Siete características de aliento para gente asustada

Primero: Tú puedes confiar en mí (v.1). La invitación de confiar en alguien es también una invitación a cambiar la perspectiva de la mirada. Jesús dice: “¡Creed en Dios y creed también en mí!” El “creer” Martín Lutero explica como sigue: “Quiere decir que yo reconozca en Jesucristo a Dios como mi Padre, que lo ame y ponga toda mi confianza en Su Palabra, que le obedezca de buena gana y que ore a Él con esperanza”.

Creer significa confiar en nuestro Señor en todo lo que oprime; esto acontece en la entrega incondicional al Señor; entonces es más que una confianza en una u otra situación. La íntima conversación con nuestro Señor acerca de todo lo que nos conmueve, es la ayuda fundamental para nuestra vida, para cada día. Él nos indicará lo que debemos hacer, cuando hablar o callar. Él también nos dice cuando hay que soltar algo. Esto muchas veces nos cuesta mucho. Es necesario practicarlo una y otra vez, quizás justo hoy.

“Entonces, Señor, quiero animarme, según tu mandato, poner ante tu corazón todas mis preocupaciones, tanto las propias como también las de otros, todo lo que me asusta en lo íntimo y me agobia. Tú eres aquel que cuenta todas las lágrimas” (G. Knak). (Lea Dt. 33:27, Sal. 57:1.2; Is. 25:4.)

Día 8

Jn. 14:24b; Mt. 11:28

Segundo: No temas; porque yo estoy contigo y yo soy la palabra de Dios para ti. A través de Jesús el Dios verdadero, el Padre, habla a los asustados, pues se preocupa por ellos igual como el Hijo. Dios es el Todopoderoso al que nada es imposible. Él es también el que nos ama, para Él somos importantes, Él quiere hablar con nosotros. Lo que Él nos quiere decir significa salvación y vida para nosotros, justo en momentos cuando espanto y aflicción nos rodean. Su Palabra contiene el mensaje de amor, perdón y esperanza. ¿Nos podemos imaginar lo que significaba para Pedro cuando el Señor resucitado hablaba con él, después de haber fracasado tan tremendamente? (Lea Jn. 21:15-19.)

¿Nos alegramos acerca de la realidad cuando Dios habla con nosotros?
¿Aunque se tratara de verdades desagradables?

Tercero: No temas, pues tú puedes hablar conmigo (v.13.14) En la segunda motivación se trataba del hablar del Señor con nosotros. Esto le importa mucho. ¿Cuánto nos importa hablar con Él? ¿Tenemos en cuenta que es la misericordia del Señor que tengamos libre acceso a Él? ¿Acaso tenemos presente que nuestras oraciones en el nombre del Señor Jesucristo se atienden por el Padre celestial?

¡Qué privilegio! Del lugar supremo se nos invita a exponer todas las necesidades ante Él. Él es el mejor Padre, podemos confiar completamente en Él. Nosotros vamos a Él como los necesitados y Él tiene todo el poder de intervenir y ayudar. Dejémosle a Dios la cuestión de contestarnos según Su voluntad.

Cuando oro en el nombre de Jesús, entonces digo al Padre: “Te traigo a ti mis preguntas y preocupaciones y te agradezco que tú te preocupas por mí. En ti confío con todo lo que soy y tengo”. (Lea 2.Cr. 20:12b; Sal. 91:14-16; 115:9; 125:1; Pr. 3:5; Jer. 17:7.)

Día 9

Jn. 14:1.16-18.26

Cuarto: No temas, hay un ayudador quien está contigo en mi lugar. Los seguidores de Jesús no deben sentirse como huérfanos abandonados. Jesús pone a nuestro lado un ayudador, un consolador. En algunas traducciones se lo llaman como “el que está al lado”. Estos son nombres hermosos que hablan de aquello que necesitamos. Nosotros recibimos al Espíritu de Dios como regalo, cuando nacemos “de nuevo”. (Comp. Jn. 3:5-8; Ro. 8:16.)

Por el “nuevo nacimiento” vive Jesús en nosotros por medio del Espíritu Santo. De este modo tenemos a un maestro quien nos enseña, para que conozcamos a Jesús cada vez más. El Espíritu de Dios nos hace ver lo que le importa a Dios. Él nos recuerda palabras del Señor, pero también lo que habíamos prometido a Jesús y quizás lo hemos olvidado.

Cuando Jesús anunció este “Consolador” a sus discípulos, ellos no se lo podían imaginar, como acontecería esto, porque su deseo era que Jesús estuviera siempre con ellos. Poco después experimentaron asombrados la fiesta de pentecostés cuando Jesús entraba en sus corazones por medio de Su Espíritu.

¡Cuán cerca llegó a ellos, cuán cerca está de nosotros! Si Jesús vive en nosotros pretende ocupar el primer lugar en nuestra vida. ¿Se lo permitimos?

Pablo oraba por los creyentes: “Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre, ... para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones” (Ef. 3:14.16.17). “Canta con júbilo y alegría, alma, gózate: Jesús dio la plenitud de Su Espíritu a cada corazón dispuesto. Canta y alaba y elíjelo a Él como el Señor de tu vida” (casa central de diaconisas de Aidlingen). (Lea Gá. 2:20; Ef. 5:17.18.)

Día 10

Jn. 14:23; Jud 21

Quinto: No debes temer porque eres amado. En esta declaración de amor la gente asustada se puede refugiar con todo su temor y confusión como en un sobretodo protector. ¡Amado por Dios! Esto quiere decir: nunca estoy solo, soy amado con un amor constante que nunca merma, sino que dura eternamente. Sobre la declaración del amor de Dios me puedo apoyar como sobre una roca que nunca tambalea.

El amor de nuestro Señor y Salvador, quien cumple lo que dice, es la ayuda para levantarse, cuando uno hubiera caído. También es la ayuda para seguir creyendo y seguir caminando, cuando estemos desesperados por el suelo y queremos abandonar todo. Saber que soy amado incondicionalmente, da ánimo y esperanza, en vez de resignar.

Por medio de Jesús recibo el amor del Padre y nunca estoy sólo, pues el Padre y el Hijo están conmigo. ¿Tenemos en cuenta esta hermosa realidad? Jesús también pregunta por nuestro amor hacia Él. No porque nuestro amor fuera la condición por Su amor. Su amor no es la respuesta a nuestro amor, sino al revés: nuestro amor hacia Él responde a Su gran amor por nosotros. (Lea Ro. 5:6-8; 1.Jn. 4:19.)

Cuando nosotros aun no lo amábamos, Su amor por nosotros en el Gólgota llegó a ser un hecho, pues, Él ha pensado también en nosotros, cuando exclamó: “¡Consumado es!” “Yo no sabría a dónde ir por tanta miseria, porque ¿dónde hay un corazón como el tuyo, lleno de amor? Tú eres mi refugio, no hay otro. Si no te hubieras acercado a mí primero, seguramente yo no te hubiera buscado; tú me buscaste y me tomaste con tu misericordia en tus brazos” (C. Gregor). (Lea Jn. 16:27; Jer. 31:3; 1.Jn. 3:1.)

Día 11

Jn. 14:27; Fil. 4:4-7

Sexto: Yo tengo el regalo de paz para ti, dice el Señor. La gente asustada carece de equilibrio interior. Su alma no tiene paz. Cuando Jesús prometió a sus discípulos la promesa de Su paz, sabía que les esperaban duras pruebas. Él no les prometió tiempos pacíficos, pero sí la paz de corazón en tiempos difíciles. Jesús nos otorga Su paz aun si situaciones difíciles nos atemorizan e inquietan. Él quiere dar tranquilidad en medio de la tormenta. Aunque alrededor nuestro haya mucho caos, en el corazón puede haber paz.

La paz del Señor es mayor que todo lo que quiera robarla. ¿Quién puede recibir este regalo? Aquel que es reconciliado por Cristo con Dios y está en paz con Dios. Desde este “pacto de paz”, cuando nos convertimos y nacimos de nuevo, tenemos la paz que permanece, en la vida y en la muerte. (Lea Ro. 5:1; Ef. 2:14.)

La paz con Dios nadie nos la puede robar, aunque no sintamos siempre paz. A veces preguntamos como el salmista: “¿Por qué te abates, oh alma mía, y te turbas dentro de mí?” (Sal. 42:5). Hay muchas cosas que inquietan y asustan, pero esto no cambia el hecho que tenemos paz con Dios. Por eso tenemos libre acceso a Dios y podemos ir con toda inquietud y miedos, con toda interrupción de la paz al príncipe de paz.

“Tú me diste paz tan profunda y abundante y un gozo como una corriente de agua. ... Tú eres el Salvador en la aflicción, tú eres mi vida, cuando viene la muerte” (F. Woike). (Lea Sal. 29:11; Lc. 1:78.79.)

Día 12

Jn. 14:27; Sal. 4:8

¿Nos acordamos de la noche de bombardeo de la cual hablamos al comienzo de nuestro tema? Aquí sigue lo que el pastor Wilhelm Busch cuenta: “¡Niños! ¿No sería bueno cantar una canción?’ En seguida entoné: ‘Fuerte es la mano de mi Jesús, Él me sostiene para siempre y no me suelta, pues dio demasiado para dejarme abandonado.’ ¡Qué bueno que mis hijos conocían muchos himnos y canciones! Así cantamos uno tras otro. ‘Encomienda tus caminos y todo lo que te preocupa al cuidado de aquel que guía todas las cosas’. Nosotros cantamos para que desaparezca el temor de nuestros corazones. ‘Si el sol se esconde y el león ruge en mi alrededor (y cuán fuerte ruge), yo sé que aun en la noche oscura Jesús cuida de mí’.

Llegó el final del ataque, corrimos escaleras arriba, por todos lados se ve el resplandor de las llamas, en nuestro piso hay caos, pero estamos contentos que la casa está entera. Limpiamos las camas del polvo de la cal y acostamos a los niños. Cuando le digo: ‘Buenas noches’ a la menor, me abraza y dice muy conmovida: ‘Papá, ¡esto era hermoso!’ Por un momento estoy confundido. Este horror, ¿hermoso?

Después me di cuenta, la pequeña tiene razón, sí, era hermoso. Cuando cantamos a nuestro Señor Jesús en medio del ‘valle de muerte’ . El Señor Jesús confirmó su palabra: ‘Donde hay dos o tres juntos en mi nombre, estoy yo en medio de ellos.’ Era hermoso cuando esa paz nos llenó”.

Qué promesa de nuestro Señor: “La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo”. (Lea Jn. 16:33; Is. 51:3.)

Día 13

Jn. 14:1-3; Lc. 10:20

Séptimo: Nuestro Señor habla de la meta de nuestra vida. No debes temer ni asustarte, pues, ¡estás en camino a casa! Hay una eternidad para nosotros que será muy diferente a lo que conocemos. En esta vida hay mucho que nos asusta y es incomprendible. ¡Qué confusión sentían los discípulos del Señor, cuando Él habló de Su sufrimiento y muerte!

Pero aquello que parecía como un fracaso de su Señor, era la preparación del camino al cielo para sus seguidores. Porque Él vio la muerte en la cruz delante de sí y después la resurrección, Jesús podía decir a ellos y también a nosotros: “Vosotros estaréis conmigo en la gloria, ya está todo preparado. Vosotros llegaréis a casa”.

Jesús sabe que nos asusta el pensamiento de nuestra muerte, este portal oscuro que tenemos que atravesar. Pero nos dice la palabra de aliento que este es el portal hacia la gloria, a la vida eterna junto a Dios. “... y estaremos siempre con el Señor” (1.Ts. 4:17).

Qué promesa grande: Como estoy contigo cada día, así estoy contigo cuando sea el día de tu muerte. Y cuando luego llegues al cielo, no te espera un ambiente extraño, tú llegas a tu patria. Hacia este lugar estás caminando. (Lea Fil. 3:20; 1.P. 1:4; 2.Co. 5:1.)

Jesús sabe que nosotros aun muchas veces nos asustaremos, pero podemos una y otra vez recordar que Él no nos abandona. Tenemos mucho motivo para agradecer a nuestro Señor y confiar en Él. “¡Vamos adelante mirando gozosos al Señor y afirmemos nuestros pasos! Vamos de la mano de nuestro Maestro, Él mismo va con nosotros” (A. H. Franke). (Lea Sal. 136:1-4.16.23-26.)